eso. No lo discutiré; ni ensalzaré á los poetas griegos desde Píndaro á Sófocles como objetos de ciega adoración. Pero ningunos otros señalan tan claro el camino á la poesía del presente; ningún otro poeta ha vivido tanto por la razón imaginativa; ningún otro ha hecho su obra tan bien equilibrada; ningún otro ha satisfecho la facultad mental y el sentimiento religioso con tal perfección.

«¡Oh! Que mi destino me guíe por la senda de la santa inocencia en palabra y obra, la que ordenan las augustas leyes, esas leyes que tienen su origen en el excelso empíreo, y de las que sólo el cielo es padre, que ninguno de los mortales las engendra, ni jamás caerán en el olvido. El poderoso Dios muestra en ellas su grandeza, y no se quedan antiguas.» ¡Que San Francisco—ó Lutero, cualquiera de los dos—refuten eso!

SPINOZA Y LA BIBLIA

Por la sentencia de los ángeles, por el decreto de los santos, anatematizamos, separamos, maldecimos y execramos á Baruch Spinoza, en presencia de estos libros sagrados con los ciento trece preceptos que están escritos en ellos, con el anatema con que Josué anatematizó á Jericó; con la maldición con la que Eliseo maldijo á los hijos; y con todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley; maldito sea de día, y de noche; maldito cuando se levante, y cuando se acueste; maldito cuando salga, y cuando entre; el Señor no le perdone nunca; la cólera é indigna-

ción del Señor arda sobre este hombre y atraiga sobre él todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley. El Señor borre su nombre del cielo. El Señor le deje de su mano á causa de la desolación de todas las tribus de Israel, con todas las maldiciones del firmamento que están escritas en el Libro de esta Ley... Ningún hombre le hablará, ni le escribirá, ni le mostrará ninguna bondad, ni permanecerá bajo el mismo techo que él, ni se le acercará.»

Con estas amenidades, cumplimientos corrientes de la separación teológica, los judíos de la sinagoga portuguesa en Amsterdam despidieron en 1656 (y no en 1660 como hasta aquí se supuso comúnmente) á su extraviado hermano Baruch ó Benito Benedicto Spinoza. Ellos continuaron siendo hijos de Israel y él quedó hecho hijo de la Europa moderna.

Eso pasó en 1656, y Spinoza murió

en 1677, á la temprana edad de cuarenta y cuatro años. La gloria no había dado con él. Su corta vida de infatigable actividad, bondad y pureza, la pasó en el retiro. Pero á pesar de esa reclusión, de la brevedad de su carrera, de la hostilidad de los dispensadores del renombre en el siglo XVIII—de la mofa de Voltaire, y de la maledicencia de Bayle—á pesar de la forma repelente que ha dado á su obra principal, y de la apariencia exterior de un rígido dogmatismo contrario á las tendencias más esenciales de la filosofía moderna, y, por último, á despecho del peso inmenso de descrédito lanzado sobre él por el repetido cargo de ateísmo, el nombre de Spinoza ha crecido silenciosamente en importancia, el hombre y su labor han atraído la atención, destacándose cada vez más y llegando á ser lo que merecían—el punto central de interés en la historia de la filosofía moderna.—Una traducción declarada de

una de sus obras—su *Tratado teológico-político*—apareció por fin en inglés. Es la obra principal que Spinoza publicó en vida; su libro sobre ética, obra en la cual reposa su fama, es póstumo.

El traductor inglés no ha desempeñado bien su tarea. Temo que no quede duda del carácter de su versión; un pasaje como el siguiente es decisivo:

«Confieso que, *mientras estuve con ellos* (los teólogos) *nunca he sido suficientemente capaz de admirar los insondables misterios de la Escritura, no hallé que diesen expresión á nada, sino á teorías aristotélicas y platónicas*, ajustadas artificiosamente y acomodadas con sutileza á la Santa Escritura de miedo de que los oradores manifestasen con harta ingenuidad que pertenecían á la secta de los paganos griegos. *No era bastante para estos hombres disertar con los griegos; además de eso se han ocupado en desvariar con los profetas hebreos.*»

Esto quiere ser una traducción de es-

tas palabras de Spinoza: *Fateor, eos nunquam satis mirari potuisse Scripturae profundissima mysteria; attamen praeter aristotelicorum vel platonicorum speculationis nihil docuisse video atque his ne gentiles sectari viderentur Scripturam accommodaverunt. Non satis his fuit eum Graecis insanire sed prophetas cum iisdem delitrovisse voluerunt.* Después de tal muestra de la fuerza de un traductor, el lector experimentado tiene una especie de instinto de que puede cerrar en seguida el libro, con un suspiro ó una sonrisa, según que sea partidario del llanto ó filósofo risueño. Si á pesar de esta inspiración persiste en continuar con la versión inglesa del *Tratado teológico-político*, encontrará muchas muestras semejantes. No obstante, mi intención no es llenar con éstas el espacio, ni con reflexiones sobre su autor. Prefiero observar, que rinde un servicio á la historia literaria, indicando, en su prefacio, cómo puede

atribuirse á Bayle el disfavor en que el nombre de Spinoza fué tenido por tan largo tiempo; que en sus observaciones sobre el sistema de la iglesia de Inglaterra demuestra una laudable libertad de las preocupaciones ordinarias de los liberales ingleses en esa escuela avanzada á la cual claramente pertenece; y, por último, que, aunque él manifiesta poca familiaridad con el latín, parece tenerla considerable con la filosofía, y ser muy capaz de seguir y comprender el razonamiento teórico. Permítame aconsejarle que una sus fuerzas con las de alguno que tenga ese conocimiento cabal del latín que á él le falta, y entonces quizá una buena traducción de Spinoza será el resultado de esa unión. Y habiéndole dado este consejo, permítaseme volver otra vez, por un rato, al *Tratado teológico-político.*

Esta obra es, como ya he dicho, sobre la interpretación de la Escritura,

trata de la Biblia. ¿Qué fué con exactitud lo que Spinoza pensó acerca de la Biblia y su inspiración? En el momento presente, ese será el punto central de interés para los lectores ingleses de su *Tratado.* Ahora, pues, hay que observar, que precisamente en este punto el *Tratado* interesante y notable como es, dejará de satisfacer al lector. Es importante acoger esta idea con firmeza y no dejarla mientras se lee el trabajo de Spinoza. El designio de la obra es éste. Spinoza observa que la vida y práctica de las naciones cristianas que profesan la religión de la Biblia no sacan los debidos frutos de ella; sólo ve odio, amargura y lucha, donde podría esperar ver amor, alegría y paz en la creencia; y se pregunta á sí mismo la razón de esto. El dice que la razón es porque estos pueblos nò comprenden su Biblia. Pues entonces es su conclusión; escribiré un *Tratado teológico-político.* Demostraré á estos pueblos

que, tomando á la Biblia por lo que es, asintiendo á todo lo que asegura ser, concediéndole toda la autoridad que pretende, no es lo que ellos imaginan, ni dice lo que ellos se figuran. Yo les demostraré lo que en realidad dice, y que harán bien en aceptar esta verdadera enseñanza de la Biblia, en lugar del fantasma con el que han sido engañados por tanto tiempo. Demostraré á sus gobiernos que harán perfectamente en reorganizar las iglesias nacionales, haciéndolas instituciones informadas con el espíritu de la verdadera Biblia, en lugar de serlo con el espíritu de este falso fantasma.

Los comentos de los hombres—dice Spinoza—han sido falseados en la religión cristiana, se ha perdido de vista la pura enseñanza de Dios. Determinó, pues, volver á la Biblia, leerla una y otra vez con un espíritu perfectamente despreocupado, y no aceptar nada como enseñanza que claramente no enseñe.

Comenzó por señalar un método ó establecer condiciones indispensables para la adecuada interpretación de la Escritura. Estas condiciones son tales, que indican que una interpretación bien adecuada es ahora imposible. Por ejemplo, para comprender enteramente á cualquier profeta, debemos conocer su vida, carácter y objeto que se propuso, en qué circunstancias fué compuesto su libro, y en qué estado y por medio de qué manos ha llegado hasta nosotros; y, en general, la mayor parte de estó no puede saberse. Sin embargo, el sentido principal de los Libros de la Escritura puede ser aclarado por nosotros. Spinoza mismo, siendo judío, con todo el saber de su nación, y siendo hombre de esclarecido talento natural, ha tenido en la dificultosa tarea de interpretar este sentido toda la ayuda que un especial conocimiento ó facultades preeminentes podían darle.

¿En qué, pues, pregunta, la Escri-

tura interpretada con su auxilio y no con el de las tradiciones rabínicas ó de la filosofía griega, hace constar el argumento de su propia divinidad? En una revelación dada por Dios á los profetas. Todo el conocimiento, pues, es una revelación divina; pero la profecía, tal como se representa en la Escritura, es cosa de que las leyes de la naturaleza humana, consideradas por sí mismas, no pueden ser la causa. Por tanto, nada debe asegurarse acerca de eso, excepto lo que está declarado evidentemente por los profetas, pues ellos son nuestro único recurso de saber en una materia que no cae en la jurisdicción de nuestras facultades mentales usuales. Pero las gentes ignorantes, sin conocer el genio y fraseología hebreos, y sin atender á las circunstancias del que habla, imaginan con frecuencia que los profetas afirman cosas que no afirman.

Los profetas declaran positivamente

haber recibido la revelación de Dios por medio de palabras é imágenes; no como Cristo, por medio de comunicación inmediata del espíritu con el espíritu de Dios. Por lo cual aventajan á otros hombres por el dominio y viveza de su facultad representativa é imaginativa, pero no por la perfección de su espíritu. Por esto es por lo que ellos perciben casi todo por medio de figuras, y se expresan tan diversa é impropiamente en lo que concierne á la naturaleza de Dios. Moisés imagina que puede verse á Dios y atribuírsele pasiones de ira y cólera; Micaaih le imagina sentado en un trono con las huestes del cielo á derecha é izquierda; Daniel, como un anciano de túnica blanca y cabello blanco; Ecequiel como una llama; los discípulos de Cristo pensaron que veían el espíritu de Dios en la forma de una paloma; los apóstoles, en la forma de lenguas de fuego.

¿Por qué, pues, los profetas podían estar seguros de la verdad de una revelación que recibían por medio de la imaginación y no por un trámite mental? Pues sólo una idea puede llevar consigo la sensación de su propia certidumbre, no una fantasía. Para hacerles seguros de la verdad de lo que se les revelaba, procedía un razonamiento; tenían que apoyarlo en el testimonio de una señal, y sobre todo en el testimonio de su propia conciencia, de que eran hombres buenos, y hablaban por amor de Dios. Un testimonio era incompleto sin el otro. Hasta el buen profeta necesitaba, para dar su informe, la confirmación de un signo; pero un mal profeta, el divulgador de una doctrina inmoral no tenía certidumbre ni verdad en ella, aunque la confirmase por un signo. Por esta razón, el mayor principio de certeza para el profeta era el testimonio de una buena conciencia. No obstante, aun ésta era solamente

una certidumbre moral y no matemática, porque ningún hombre puede tener seguridad perfecta de su propia bondad.

La facultad de imaginar, de sentir lo que es la bondad, y la costumbre de practicarla eran, por tanto, las únicas cualidades esenciales de un verdadero profeta. Pero para el propósito de dar informe de la revelación que Dios le designaba para transmitir, bastaban esas cualidades.

La sustancia y resumen de esta revelación era sencillamente: *Cree en Dios y haz buena vida.* Ser el órgano de esta revelación no hace más sabio á un hombre; le deja su conocimiento científico tal como lo halló. Esto explica las opiniones acerca de Dios, contradictorias y teóricamente falsas con las leyes de la naturaleza, que los patriarcas, apóstoles y profetas admiten. Abraham y los patriarcas conocían sólo á Dios como *El Sadai,* el poder que da

á cada hombre lo que necesita; Moisés le conocía como *Jehovah*, un ser existente, pero le imaginaba con las pasiones de un hombre. Samuel se figuraba que Dios no podía arrepentirse de sus sentencias; Jeremías que sí podía. Josué, en un día de gran victoria, estando el terreno blanco de granizo, vió que la luz del día duraba más tiempo que de costumbre, y apoderándose de esto su imaginación como de una señal especial de apoyo divino que le prometiesen, declaró que el sol estaba parado. El ser obedientes á Dios, y guías inspirados de otros para la obediencia y la vida ejemplar, no hizo á Abraham y á Moisés metafísicos, ni á Josué filósofo natural. El iracundo Eliseo, requirió el calmante natural de la música, antes de ser mensajero de la buena fortuna para Gehoran. Los ilustrados Isaías y Nahum tienen el estilo adecuado á su condición, y los rústicos Ecequiel y Amós su estilo propio. No

estamos, pues, obligados á atender á las opiniones teóricas de este ó aquel profeta, pues al pronunciarlas hablaron sólo como hombres: únicamente al exhortar á sus oyentes á obedecer á Dios y á conducirse bien en la vida eran órgano de una revelación divina.

Conocer y amar á Dios es la felicidad más sublime del hombre, y de todos los hombres igualmente; á esto está llamada toda la humanidad y no una nación cualquiera en particular.

La ley divina, llamada propiamente así, es el método de vida para alcanzar esta altura de beatitud humana; esta ley es universal, escrita en el corazón, y única para todos. La ley humana es el método de vida para alcanzar y conservar la seguridad y prosperidad temporales: esta ley está dictada por un legislador, y cada nación tiene la suya. En el caso de los judíos, esta ley fué dictada por revelación de los profetas; su precepto fundamental era obedecer

á Dios y guardar sus mandamientos, y, por tanto, se llamó divina en un sentido secundario; pero fué, sin embargo, formada en consideración solamente de las cosas temporales. Aun el precepto verdaderamente moral y divino de esta ley, de prácticas por amor de Dios, justicia y misericordia hacia el prójimo, significó para el hebreo del Antiguo Testamento únicamente su prójimo hebreo, y tenía relación con la concordia y estabilidad de la república hebrea. Los judíos obedecían á Dios y guardaban sus mandamientos para poder continuar por largo tiempo en la tierra que les había dado, y para poder estar bien allí. Su predestinación era temporal y sólo duraba por tanto tiempo como su Estado. Ahora ya se acabó; y la única elección que tienen es que de los *piadosos* el *remanente* que queda toma y siempre ha tomado lugar en cualquiera otra nación. La Escritura enseña que hay una divina ley uni-

versal que es común igualmente á todas las naciones, y esta es la que verdaderamente da la felicidad eterna. Salomón, el más sabio de los judíos, conocía esta ley como pocos hombres sabios de todas las naciones la conocieron; pero para la mayoría de los judíos, como para la mayoría del linaje humano de todas partes, esta ley estaba oculta, y no tenían idea de su acción moral, su *vera vita* que conduce á la beatitud eterna, excepto hasta donde esta acción les estaba mandada por las prescripciones de su ley temporal. Cuando la ruina del Estado trajo consigo la ruina de la ley temporal, hubiera perdido enteramente su única clave á la felicidad eterna.

Cristo vino cuando ese edificio del Estado judío, por el que existía la Ley judaica, estaba á punto de caer; y él proclamó la universal Ley divina. Por esta Ley está prescrita cierta acción moral como estaba prescrita por la ley ju-

daica: pero el que verdaderamente concibe la divina ley universal concibe los decretos de Dios igualmente como verdades eternas, y para él la acción moral tiene libre albedrío, mientras los profetas de la ley judaica concebían imperfectamente los derechos de Dios como reglas y mandatos, y para ellos la acción moral no tenía libertad ni criterio propio. Cristo, que consideraba los decretos de Dios como Dios los considera — como verdades eternas— proclamó el amor de Dios y de nuestro prójimo como *mandamientos* únicamente á causa de la ignorancia de la multitud: aquellos á quienes era «dado conocer los misterios del reino de Dios» se los anunciaba como él los percibía, como verdades eternas. Y los apóstoles hablaban á muchos de sus oyentes como lo hacía Cristo, «como á gente carnal y no espiritual»; presentándoles, lo que es amor de Dios y su prójimo, como un mandato divino hecho

auténtico por la vida y muerte de Cristo, no como una vida eterna de la razón llevando en sí misma su testimonio. La representación de esta última, los que le escuchaban «no eran capaces de comprenderla». Los apóstoles, por otra parte, aunque predicaban y confirmaban su doctrina por signos como los profetas, escribían sus epístolas, no como profetas, sino como doctores y razonadores. No tomaban de la razón la esencia de su doctrina, sino, como los profetas, del hecho y la revelación; predicaban la creencia en Dios y la bondad de la vida como una religión católica, existiendo por la virtud de la pasión de Cristo, como los profetas habían predicado la creencia en Dios y en la bondad de la vida como una religión nacional, existiendo por virtud de la alianza mosáica; pero mientras los profetas anunciaban su mensaje en una forma puramente dogmática, los após-

toles desarrollaban el suyo con las formas del razonamiento y argumentación, según la capacidad y modo de pensar de cada apóstol, y según podían recomendarlo mejor á sus oyentes; y no pretendían tener autoridad divina para sus razonamientos, sometiéndoles al criterio de sus oyentes. De este modo cada apóstol erigió una religión esencial sobre un fundamento que no era esencia suya, y, como dice San Pablo, evitando dar los fundamentos de otro apóstol, que podrían ser enteramente diferentes al suyo. De aquí las discrepancias entre la doctrina de un apóstol y la de otro, entre la de San Pablo, por ejemplo, y la de Santiago; pero estas diferencias no están en lo esencial dado á ellos por revelación, sino en lo que no es esencial. Las iglesias humanas, apoderándose de estas diferencias no esenciales como si lo fueran, sosteniendo una lo de una de ellas, otra lo de otra, han llenado el mundo

de controversias vanas, han «convertido á la Iglesia en una academia, y á la religión en una ciencia, ó más bien en una contienda», y han caído en un cisma sin fin.

¿Cuáles son, pues, los puntos principales de la religión según el Antiguo y el Nuevo Testamento? Muy pocos y muy sencillos. El precepto de amar á Dios y á nuestro prójimo. Los preceptos del primer capítulo de Isaías: «Lavaos, purificaos; separad de mi vista el mal de vuestros hechos; cesad de hacer mal; aprended á hacer bien; buscad la justicia; aliviad al oprimido; proteged al huérfano; abogad por la viuda»: los preceptos del Sermón en el Monte, que añaden á lo antedicho la recomendación de que cesemos de hacer mal y aprendamos á hacer bien, no es sólo á nuestros hermanos en religión y á nuestros conciudadanos, sino á toda la humanidad. Siguiendo estos preceptos es como se demuestra la